

## **El vigilante**

Colección Rayos globulares

(14)

**R**

Esta obra ha sido publicada con el apoyo financiero del Fondo flamenco de las letras ([www.flemishliterature.be](http://www.flemishliterature.be)):



Primera edición: septiembre 2014

Título original: *De Bewaker*

© 2010 De Bewaker (The Guard) by Peter Terrin

First published in 2010 by De Arbeiderspers

© de la traducción del neerlandés, Maria Rosich

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2014

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Producción editorial: Marina Del Valle Blanco

Ilustración de la cubierta: Eduardo Estrada

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.  
Gran Vía de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª  
08015 Barcelona  
[rayoverde@rayoverde.es](mailto:rayoverde@rayoverde.es)  
[www.rayoverdeeditorial.com](http://www.rayoverdeeditorial.com)



RayoVerdeEditorial



@Rayo\_Verde

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B - 11379-2014

ISBN: 978-84-15539-78-0

BIC: FA, FH

*Impreso en España Printed in Spain*

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

# El vigilante

Peter Terrin

Traducción de Maria Rosich

**Rayo verde**  
*editorial*

*Para V. y R.*

# Uno

## 1

—Tiene que salir bien.

Harry, nervioso por el aprovisionamiento, despliega el plano del sótano sobre la mesilla, aunque nos lo sabemos de memoria: ciento veinte plazas de aparcamiento, divididas en cuarenta garajes vigilados, uno para cada apartamento de lujo de mil metros cuadrados. Lástima que no lo construyeran simplemente rectangular; tal vez lo impedían la estructura y los cimientos del edificio. No soy ingeniero. Pero una planta rectangular con las plazas de aparcamiento dispuestas a lo largo habría facilitado en gran medida las labores de vigilancia. Harry sospecha que este diseño tan caprichoso se hizo a instancias de los clientes, que se dio prioridad a su comodidad y privacidad.

—Ya sabes cómo van estas cosas —dice.

Huelo su inquietud. Huelo a nuez, a nuez verde recién caída del árbol, con una cáscara durísima, húmeda. Estudiamos el plano. Le pongo una mano en el hombro; decido que no es buena idea y la retiro. No hablamos. Sin mirar, tanteo el arma que llevo en la cadera; por costumbre, porque no hay ningún

peligro inminente. Doy un paso a un lado para que la bombilla ilumine todo el plano.

—Entrará por aquí —su dedo señala la puerta, que mide cuatro metros de ancho y está diseñada para resistir un ataque con misiles. Es la única entrada al edificio: según parece, la planta baja está cerrada herméticamente; no hay ventanas ni puertas. Por motivos de seguridad, no disponemos de pase digital ni de mandos de infrarrojos, y los escáneres no reconocen nuestras huellas dactilares. Nuestro único cometido es vigilar en todo momento el acceso al sótano. Fuera, aun cerca de la puerta, nuestra licencia ya no es válida—. Abriré la puerta y entrará con la furgoneta. Tú te pones al lado del garaje 3, que te vea, y le apuntas en todo momento con el arma. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—Yo le pediré la identificación y los documentos. A mi señal, te colocas detrás de la furgoneta. Llegamos al punto crítico, tenemos que estar muy alerta. En cuanto abra las puertas, dispondremos de una fracción de segundo para valorar la situación.

—No habrá tiempo para deliberar —añado—. Cada uno deberá decidir por sí mismo si abre fuego; pero si uno de nosotros lo hace, el otro se le suma sin reservas.

Harry se pone las manos en los costados y se inclina hacia atrás para liberar la tensión de su espalda.

—Exacto.

Cuando vuelve a inclinarse hacia delante, veo un hilo suelto en su uniforme: un tirabuzón que cuelga alegremente de la costura recta de su chaqueta, unos veinte centímetros por debajo de la axila. Por ahora no le digo nada, ya habrá tiempo cuando acabemos de repasar el plan. Lo primero es lo primero. Sólo faltan dos días para el aprovisionamiento.

## 2

Estoy tumbado en la cama de abajo de la litera, la funda de mi almohada desprende un aroma fresco, de detergente; tengo la sensación de que me dormiré enseguida. Nuestro cuarto está al lado del primer ascensor. Sólo hay tres ascensores para cuarenta pisos: uno muy rápido para los residentes, otro muy rápido para el servicio, y otro de velocidad media para las visitas. Nuestro cuarto es pequeño, pero eso casi nunca o nunca nos supone un problema; al fin y al cabo, siempre estamos trabajando. Dormimos cinco horas por turnos; con eso nos basta, estamos acostumbrados. Además, si uno de nosotros está cansado, puede tumbarse quince minutos; que yo recuerde, nunca se ha dado el caso, pero es reconfortante saber que la organización ha previsto esa posibilidad.

La puerta está entreabierta, y en el suelo de la habitación se ve la luz del alumbrado de emergencia, que empieza a cinco metros de aquí. Fuera, más allá de los gruesos muros del edificio, reinan el silencio y la tranquilidad, o al menos yo no oigo nada: ni ruidos, ni explosiones, ni disturbios. Absolutamente nada. Tampoco noto temblores en el suelo. Desde aquí dentro no nos hacemos la idea de lo que ocurre; nos es imposible imaginar cómo están las cosas realmente en el exterior. Y en realidad no importa. Nuestro trabajo está aquí, en el sótano, en la entrada.

Harry monta guardia en la silla de al lado de la puerta. Cada tanto se levanta y camina trazando un pequeño círculo. Cuando pasa por delante de la puerta, su sombra oscurece toda la habitación. Comprueba el peine de cartuchos de su arma y lo introduce en el cargador con un *clic* seco. Aunque no le veo, sé que alarga el brazo y sujeta la pistola delante de sí; tal vez apoya una mano en la otra. Su ojo derecho mira a lo largo del alza y la muesca, su índice se tensa alrededor del gatillo.

### 3

Dejo el pan humeante en un plato, sobre una servilleta de cuadros, para que se enfríe. Hago pan casi todos los días; es muy fácil y queda delicioso, vale la pena. Nos quedamos la panificadora del apartamento de la familia Olano, que estaba destinada a la basura.

Le digo a Harry que tenga paciencia.

Sale de mala gana de la habitación y vuelve a la silla que flanquea la puerta. Poco más tarde, saca la cabeza para decir:

—Se huele hasta detrás del garaje 4 —el garaje 4 es el más alejado de nuestra habitación—. El olor de hormigón ha desaparecido de toda la planta, es como caminar por un pan gigante.

Recuerdo que de niño soñaba que me sumergía en una bañera llena de batido de chocolate hasta el borde, y que no salía hasta que me lo había bebido todo. En clase, me relamía los dedos porque todavía intuía el sabor a chocolate debajo de las uñas.

Me doy cuenta de que no sé si contarle este sueño, aunque de buenas a primeras no sabría decir por qué. Quizás porque aquí, por supuesto, no tenemos chocolate.

### 4

A cada paso que doy veo aparecer en la parte baja de mi campo visual las puntas relucientes de mis zapatos. Las perneras azules de mis pantalones se deslizan suavemente sobre el cuero y recuperan su forma. Tuvimos suerte de encontrar detergente y una generosa cantidad de betún en el armario del servicio, un trastero improvisado en nuestro piso. Los productos no estaban destinados a los residentes, sino al personal; por eso, teniendo en cuenta las circunstancias, nos pareció

perfectamente aceptable utilizarlos. Betún normal y corriente, y bidones grandes de un detergente pálido que no huele a nada en concreto, sólo a ropa limpia.

Harry y yo caminamos uno al lado del otro siguiendo el perímetro del sótano sin apenas cortar en las esquinas, con las manos a la espalda. No es un paseo; avanzamos a paso lento pero firme. Guardamos silencio para poder identificar cualquier ruido, determinar rápidamente su origen. Llevamos puestas las gorras azules con el emblema de la organización en la posición reglamentaria. Nuestras zancadas no son idénticas, pero de vez en cuando caminamos a la par unos metros; el efecto me hace pensar en unas campanas que se van acompañando poco a poco hasta que llega un momento en que todos los badajos golpean el bronce al mismo tiempo una vez, dos como máximo.

Hubo un tiempo en que contaba mentalmente mis pasos una y otra vez, en todas las rondas, y los iba añadiendo a la suma total, sin apuntar nada. Creo que para mí era una cuestión de dedicación y concentración, me parecía que así estaba más atento. Ahora ya no lo hago, porque en realidad ocurría lo contrario: me distraía del trabajo. Bien pensado, contar pasos fue una ocurrencia absurda.

## 5

Hacemos tres rondas y nos tomamos una pausa. Harry está sentado en la silla, yo en el taburete; uno a cada lado de la puerta de la habitación, que está entreabierta. Harry ha dormido mal, le he oído dar vueltas en la cama. Sus ojeras se resisten a desaparecer. Por la noche he cortado el hilo suelto de la costura de su chaqueta. Su uniforme vuelve a estar impecable, como debe ser.

—¿Repasamos otra vez el aprovisionamiento? —pregunta.

—Buena idea.

Nos quedamos sentados en el silencio del sótano.

La iluminación de emergencia está formada por dieciséis luces en el techo.

Aunque dan poca luz, todas las bombillas funcionan; es casi un milagro. Todos los garajes están cerrados, excepto el número 22. Los mandos a distancia están reservados a los asistentes personales de los propietarios. No es la primera vez que el asistente de la señora Privalova se olvida de cerrar la puerta del garaje al sacar el Bentley.

—A veces la organización pone a prueba a sus propios vigilantes —dice Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Puedes estar seguro. Si lo piensas bien, verás que tiene que ser así. Pruebas aleatorias, ya sabes —se masajea la frente con la mano derecha; pulgar y dedos empujan la piel adelante y atrás—. Todas las empresas hacen controles de calidad, es normal. Establecen un estándar que hay que cumplir en todo momento, y para asegurarse de que así sea, se hacen pruebas al azar. Al fin y al cabo, la organización es una empresa que vende un producto, ¿no?

Durante la formación, nunca oí nada sobre pruebas aleatorias. Nadie las mencionó. Por eso, al cabo de unos segundos, me parece muy plausible que existan.

Harry se tira la gorra hacia atrás y luego se la vuelve a calar.

—Si la organización quiere llevar a cabo una prueba aleatoria secreta, sólo puede hacerlo de una manera: aprovechando una situación estándar —se refiere al aprovisionamiento, la única situación estándar con que lidiamos—. Debemos estar el doble de atentos, porque es como si tuviéramos dos enemigos que temer.

Voy a la habitación a por un trozo de pan. Aunque sé que aquí nadie puede verme, soy muy consciente de mis movimientos. De vuelta al taburete, mordisqueo lentamente el

pan. Ante mí se extiende un suelo de hormigón vacío, de unos cien metros de largo. Evito mirar la oscuridad que hay al final.

—Lo mejor, la jugada magistral de la organización, es que las pruebas aleatorias nunca salen a la luz —dice Harry de repente—. Pueden ir bien, y entonces no hay ningún problema y no pasa nada, o ir mal, y en ese caso los vigilantes incompetentes simplemente caen en una emboscada. ¿Lo pillas? ¿A quién se le ocurriría acusar a la organización de atacar a su propio personal, especialmente si hubiese víctimas? A nadie, ¿verdad?

Sonríe ante su conclusión.

Su sonrisa también transmite que podemos estar orgullosos de formar parte de esta organización.

Le pregunto por la élite, si a ellos también les deben hacer pruebas.

—Sin duda, Michel. Supongo que deben tener que superar más pruebas aleatorias que nosotros... Sí, seguro. La élite es la insignia de la organización, lo máximo en seguridad. Su calidad tiene que ser irreprochable. Impecable, sin la más leve mácula.

Se levanta, entra en la habitación y despliega el mapa del sótano. Ya no sonrío.

—Te aseguro que no dejaremos escapar nuestro ascenso por un descuido en una situación estándar —su voz suena dura, como si estuviese ofendido—. ¿No te parece que sería una auténtica estupidez, después de tanto tiempo?

## 6

Meto la llave en la cerradura, doy dos vueltas. El pequeño almacén está al lado de nuestra habitación; es mi segunda inspección de hoy. A la izquierda, en tres baldas colgadas con ganchos a la pared, están las cajitas, en formación. Todas

son de marca Winchester, y están colocadas en perpendicular sobre los estantes. En el lateral corto consta el calibre: 9 mm Luger (Parabellum). Encima de las letras, un vaquero que galopa hacia el borde de la cajita blanca; su cuerpo deja un rastro de líneas rectas de color naranja, y su caballo al galope, uno rojo. En la cinta roja se lee el nombre de la marca. Todas las letras están inclinadas hacia la derecha, como atrapadas en la estela del caballo.

Veo enseguida que no falta ninguna cajita: reconozco la imagen, la visión de conjunto de la munición. Aun así, las cuento por si acaso, de balda en balda, rozándolas con el índice. Tres veces quince, cuarenta y cinco.

Cojo la primera. El peso es agradable, conocido. Se abre dócilmente; a estas alturas la pestaña ya no se engancha como antes en el cartón. Balas brillantes, erguidas y bien ordenadas; veo mi silueta reflejada múltiples veces. Mi dedo cuenta una hilera de cinco, y después diez hileras. Diez por cinco, cincuenta. Cierro la caja, la dejo en el estante y paso a la siguiente. Pesa lo que tiene que pesar. La pestaña ya apenas ofrece resistencia.

Después de la inspección, observo las provisiones que tenemos en los estantes de la otra pared. Nuestro racionamiento va como estaba previsto. Nos queda una botella de agua para las próximas doce horas; no hemos tenido que tocar las pastillas potabilizadoras. Betún, detergente, papel higiénico. Dos kilos de leche en polvo. La levadura y la harina se han acabado, pero en la habitación todavía queda medio pan.

Apago la luz y cierro el almacén con llave.

Informo a Harry del resultado del recuento. Nos sacamos las Flock 28 de la funda y por turnos quitamos el retén del cargador para hacer salir el peine. Contamos las balas en silencio. Cuando asiento, Harry repite en voz alta el resultado de mi inspección, y dice:

—Más dos veces quince.

Yo hago la primera parte de la noche. Me siento en la silla y guardo silencio. Al cabo de un rato detecto un ruido apenas audible sobre el zumbido de las luces. Si giro la cabeza hacia la izquierda, baja de intensidad; este sótano tiene una acústica extraña. No me parece necesario despertar a Harry. Es una bendición que haya logrado dormirse.

Decido hacer una ronda para mantenerme lúcido y salgo en la dirección opuesta a la habitual. Oigo resonar mis pasos en los rincones más lejanos del sótano; cuando me detengo, tardan un momento en extinguirse del todo. ¿Sería capaz, en este ir y venir de ecos contra las paredes desnudas, de distinguir otros pasos, si tocaran el suelo al mismo tiempo que los míos?

A pesar de la incertidumbre de la respuesta, la pregunta no me incomoda; habérmela planteado significa que pienso. Seguramente, a la larga, los malos vigilantes dejan de pensar en su situación; la rutina es un enemigo insidioso.

Miro por la estrecha rendija que hay a la derecha de la puerta de entrada; falta un pequeño fragmento de hormigón, que debió romperse durante la construcción del marco de acero. Casi no veo nada, porque fuera está oscuro. Lo que me parece ver es un producto de mi imaginación, una imagen que tengo grabada en la memoria: un trozo de una pared cada vez más estrecha hasta llegar al nivel de la calle, y por encima, recortada contra un pedazo de cielo, la copa redondeada de un árbol que nos recuerda las estaciones del año.

Después pongo la nariz en la rendija y husmeo la brisa fresca. Condiciones meteorológicas neutras. Los olores se propagan mejor si llueve o hace calor. Me doy la vuelta y apoyo la espalda contra la pared. Como siempre, me asalta la idea de que lo que se ve desde aquí es la primera imagen del sótano que se encontraría un intruso. Intento imaginarme

la situación. Su cerebro absorberá como una esponja esta información visual, la contrastará con el plano que ha estudiado previamente; o tal vez sólo la usará para determinar en qué dirección dar el siguiente paso, si intenta entrar sin haberse preparado antes. No puede llegar lejos. Una vez detectado un intruso en el sótano, hay que abatirle al instante. A poder ser, muerto por un tiro en la cabeza.

Prosigo mi ronda lentamente, sintiéndome confiado. Es una insensatez, pero resulta agradable. Podría estar paseando por un parque, con las manos en los bolsillos; disfrutar de la vegetación, sentarme en un banco. Cerrar los ojos un instante.

## 8

Lo oigo claramente: no es la propia iluminación de emergencia como había pensado al principio. Se confunde con ella, pero es otra cosa. Estoy seguro de que es un ruido que conozco, sé que debería reconocerlo, que lo he oído antes; es cuestión de seguir escuchando, de confiar en mí mismo y no pensar. Reprimo el impulso de ladear la cabeza; ya oigo suficiente, no quiero perderlo. De repente, como si fuese consecuencia de haber resistido el impulso, en algún lugar de mi cerebro se abre una compuerta y aparece la respuesta, tan obvia que parece mentira: es increíble que no haya reconocido inmediatamente el sonido del agua que se escapa de la cisterna. O, mejor dicho: el silbido del váter que, para compensar el agua que se escapa, deja pasar agua de las tuberías.

## 9

Pliego las manos en la nuca y observo la cama de Harry desde abajo: una rejilla de alambre retorcido que brilla en el débil

resplandor. Me desvelo inmediatamente, me siento fresco y despejado.

Cuando saco las piernas de la cama entre chirridos estridentes del colchón, Harry me mira desde la puerta. A contraluz su rostro es una mancha negra, no puedo deducir nada. Desde luego, quiere ver si estoy despierto y si me levantaré enseguida.

—Voy a lavarme —digo.

—Perfecto.

Deja la puerta de nuestra habitación entrecerrada.

Me dirijo al lavabo y enciendo la bombilla. Me lavo meticolosa y rápidamente; el agua caliente es un lujo que apenas recordamos. Después de escurrir mi manopla de baño y colgarla en el borde del lavamanos, toco la de Harry. Todavía está bastante húmeda. Aunque la temperatura del sótano apenas varía a lo largo del año, no hay duda de que cada vez hace más frío. Normalmente, transcurridas cinco horas la tela queda rígida como una gamuza vieja.

Me pongo el uniforme: pantalón azul oscuro, cinturón de cuero con pistolera de cuero, camisa azul claro, corbata negra con nudo simple, zapatos negros de cordones, chaqueta, gorra de visera rígida con el emblema bordado. Miro en el espejo. Todavía no hace falta que me retoque la barba. Me embuto un trozo de pan en la boca, más por su efecto purificador que por hambre.

Harry tiene la pistola en la mano sobre su regazo. Alza la mirada; tiene las mejillas tensas de tanto apretar los dientes, y pestañea con un ritmo rápido e irregular.

—Me ha parecido que la puerta se abría diez veces. Ya sabes lo que es esperar aquí solo.

Ambos miramos al otro extremo del sótano. La puerta queda oculta justo detrás del garaje 1. El olor a nuez es tan penetrante que me aparto un poco de Harry. Según mi reloj de pulsera, faltan al menos tres horas para que llegue la furgoneta. Sin embargo, ya siento una cierta excitación, mientras que

Harry, ahora que estoy a su lado, se relaja un poco. Al menos, guarda el arma y exhala un largo suspiro.

—¿Crees que ya estará despierto ese tipo?

—Lo dudo —digo—. Si trabaja de día, probablemente no le despertarán hasta dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

—Algo así.

—Pero ¿podría ser más pronto?

—Podría ser, sí, claro, podría ser. Pero no creo, la verdad.

Por lo que recuerdo de antes de que me trajesen aquí, no, me figuro que no.

—Así que ahora estará durmiendo tan tranquilo.

—Es muy probable.

Cinco minutos más tarde levanto un dedo, me lo acerco al oído.

—¿Oyes eso?

Harry se sobresalta:

—¿Qué?

Busca con los ojos.

—¿Ese ruido, justo por encima de las luces?

Harry parece reflexionar intensamente sobre algo, un enigma. Está en la silla, yo en el taburete, la puerta de la habitación entre nosotros. En un extremo de centenares de metros cuadrados de vacío, que más tarde cobrarán vida. Nos ponemos el uniforme, bien cepillado, un día tras otro, porque las normas son sagradas, en eso Harry y yo estamos totalmente de acuerdo. Al fin y al cabo, el uniforme hace al vigilante. El uniforme y el arma.

## 10

Mantengo las piernas un poco separadas, las siento vacías e inestables. Como si fuese a caerme al abrirse la puerta de